pable, adórasele todavia. Vais á verla, hermana mia, y tendreis piedad de mí, que voy á perderla. No hay que compadecer á la que muere, sino aquellos para quienes la vida del que muere es la vida, y á quien Dios condena á vivir á su pesar.

La marquesa, decidida á no dejar á Raoul entregarse inerme á su dolor, continuó preguntando:

—¿Quién cuida hoy de Juana?

—El doctor Máximo Giraud.

—¿Quién es ese doctor?

—El único médico en quien Juana confía.

—¿Y participais de esa confianza?

—Por completo. El doctor Máximo reune á un profundo saber un cariño profundísimo á Juana, á quien conoció en Hojas-Verdes antes de nuestro matrimonio, no es para él un cliente, es una hermana. No se ha separado de nosotros desde que existe peligro. En pié dia y noche, sin cansancio, sin desaliento, al menos en apariencia, disputa el terreno al mal, palmo á palmo. Si la ciencia y el cariño pudiesen hacer milagros, Juana conseguiria curarse.

II

—¡Con qué entusiasmo hablais de ese médico!—dijo Lazarine.

—No hago mas que hacerle justicia—replicó el conde.

—Sin embargo, su ciencia y su celo solo han obtenido hasta ahora resultados negativos.

—¿Puedo pedirle lo imposible? Se consagra á nosotros en cuerpo y alma. Todo cuanto es capaz á la humana fuerza, unida á la voluntad, sea cualquiera el resultado final, mi gratitud no reconocerá límites. Nuestra querida Juana asistida con la ternura que merece. Su primera doncella, humilde aldeana de los alrededores de Hojas-Verdes, sencilla y digna criatura, no vacilaria, estoy seguro, en dar su vida si con ella prolongara la de su señora.

—Eso es muy hermoso, hermano mio.

—Cierto, pero es natural. ¿Puede conocerse á Juana y no adorarla?

—¿Y Renée?—continuó la marquesa.—¿No me decís nada de Renée?

—¡Renée es un ángel!—dijo Raoul,—y no hallo palabras con qué expresar la admiracion que me inspira. Desde el primer dia de la larga enfermedad de su hermana, no ha cesado de ser la misma un solo instante. Cuidando de ella á toda hora, sacrificando su descanso, su sueño, y hasta su salud, porque, á pesar de su obstinacion en sostener la contrario, es evidente que el cansancio la rinde. ¡Se está matando! Hay veces que me estremezco al pensar que podria tambien caer enferma.

—Teneis razon, hermano mio. Juana encuentra á su lado el efecto y la ternura que merece. Dios no permitirá que Juana sea arrebatada á los corazones que tanto la aman.

—¡Ah! hermana.—exclamó el conde,—¡si supiérais el bien que me hacen vuestras palabras! Me parece que son un presagio feliz, y que llegan á esta casa como la paloma del arca con el ramo de oliva. Y ahora que sabeis cuanto deseaba deciros, venid al lado de Juana.

Raoul acompañó á la marquesa al salon que precedia al dormitorio de la señora de Gordes.

—Esperad un momento, querida hermana—le dijo en voz baja,—mi adorada está tan débil que toda repentina emocion me aterra. Sabe desde ayer que estais en la Tour du Roy, y

desea veros. Voy á comunicarle vuestra llegada. Escuchadme, y entrad cuando creais que podeis hacerlo sin peligro.

—Tranquilizaos y confiad en mi prudencia.

El conde entró en la alcoba, teniendo cuidado de dejar tras sí á su paso entreabierta la puerta.

La marquesa permaneció de pié al lado de la puerta y aplicó el oído para poder entrar á tiempo.

—Regocíjate, querida—dijo el señor de Gordes acercándose al lecho de la jóven enferma, pronto vas á ver á nuestra querida Lazarine.

—¿Tienes seguridad de que venga hoy?—preguntó Juana con su voz de niña.

—¡Seguro! Como que está ya en camino.

—¿Quién lo ha dicho?

—Mis propios ojos.

—¿Has salido?

—Nó: pero su coche ha entrado en el parque.

—Entonces llegará dentro de algunos minutos.

—Antes, porque sus caballos vienen á galope.

—¡Qué dicha! ¡la quiero tanto! ¡Me alegraria tanto de verla!

—¿Me prometes que su visita no te impresionará?

—Te lo prometo. Estaré tranquila. Por otra parte, la alegria no hace daño.

—¿De modo que puede subir Lazarine?

—¿Está ya aquí?

—¿No has oído detenerse su carruaje?

—Nó: pero ¿qué importa? Ve en su busca y vuelve pronto con ella.

Raoul se acercó á la puerta de la antecámara, y continuó:

—Es inútil que baje. Aquí la tienes.

Acababa de entrar la señora de la Tour du Roy. Acercóse al lecho, y levantando cuidadosamente á Juana, la cubrió de besos sus mejillas y su pelo.

La pobre niña balbuceó devolviéndole las caricias:

—¡Ah! querida hermana, ¡qué contenta estoy y qué buena eres en venir! ¿Como está mi sobrino el ahijado de Raoul?

—Muy bien. Es hermoso como su padrino. Uno de estos dias os lo presentaré.

Lazarine acercó un sillon que le ofrecia Raoul, y se sentó junto á la cabecera y empezó á mirar á su hermana.

El señor de Gordes tenia razon cuando la habia advertido: "*mandad á vuestro semblante que permanezca impasible.*"

Sin tan prudente recomendacion se hubiera vendido, porque no hubiera formado empeño

en disimular, su fisonomia hubiera reflejado su espanto.

La realidad excedia con mucho al doloroso espectáculo que debia esperarse despues de las palabras del conde.

Juana se asemejaba á la estátua de una vírgen modelada por algun artista principiante de la Edad Media; hubiese modelado en cera suprimiendo los contornos femeninos para dar al conjunto mayor castidad.

La condesa se habia trasformado casi en un sér *inmaterial*, y á pesar de su horrible enflaquecimiento, conservaba toda su gracia infantil.

La prodigiosa riqueza de sus rubios cabellos envolvian siempre como una aureola de oro su rostro enflaquecido.

Sus grandes ojos azules, mas grandes todavia desde la fatal enfermedad, conservaban su dulzura incomparable.

La sonrisa cándida y tierna de otros tiempos, dejaba ver entre sus descoloridos labios el brillante esmalte de sus dientes.

Raoul se lo habia dicho ya á Lazarine.

Juana era una sombra, pero una sombra encantadora.

Lazarine hizo un esfuerzo supremo para contener las lágrimas que acudian á sus ojos.

Con objeto de ocultar su turbacion, cogió

las manos de su hermana, pobres manos trasparentes y finas, y las acercó á los labios.

—Tal vez tendreis que hablar.... Os dejo dijo el conde.

Y salió para ocultar sus lágrimas.

Juana dirigió una penetrante mirada llena de ternura á la marquesa, y la preguntó sonriendo:

—Si no hubieras sabido que era yo ¿hubieras reconocido á tu *Cenicienta?*

—Claro que sí—contestó Lazarine.—No ha habido mudanza sencible en tí.

La señora de Gordes separó su mano derecha, y con el índice de esta mano hizo á su hermana un gesto de cariñosa amenaza.

—¡Embusterilla!

—¡Embustera!.... ¿por qué?—dijo turbada la marquesa.

—Porque sé que estoy desconocida. Seria preciso estar ciega para ocultármelo.

—Te aseguro que no. Estás delgada como siempre que se sufre una larga enfermedad. Pero esto, ¿qué significa? Algunas semanas de convalecencia bastarán para que te repongas.

—Algunas semanas de convalecencia—repitió Juana sonriendo.....

La condesita volvió á sonreir y miró otra vez á Lazarine y murmuró:

—¿Creeis en mi convalecencia, hermana mia?

—Tanto lo creo que te aseguro que ha empezado ya, y si Dios quiere no cesará

Juana bajó la cabeza y no contestó.

Despues de las palabras de Lazarine reinó un momento de silencio, y al cabo de él continuó la condesita con acento desgarrador:

—¡Qué felices son las jóvenes que mueren de repente heridas como por un rayo!

—Felices. ¿Por qué?—balbuceó la marquesa asombrada.

Juana prosiguió:

—Porque mueren en la flor de la vida, hermosas y llenas de gracia como la víctima que se lleva al sacrificio. Dejan un grato recuerdo á los que las amaban, su imágen aparece como através de un rayo de sol á los que lloran su muerte. ¿Qué recuerdo dejaré yo? ¿Qué imágen será la mia? La de un espectro. ¡Qué triste pensamiento, hermana querida! Si Raoul tuviera miedo de mí cuando yo viniera á velar su sueño, si tuviera que huir de él despues de muerta, ¡ah! eso equivaldria á morirme dos veces.

—Pero tú no morirás, alma mia—exclamó Lazarine buscando las manos trasparentes de su hermana.—Estoy segura que no morirás.

—Yo sé que voy á morir—contestó Juana.—Nada le digo ni á Raoul, ni á Renée, ni al doctor. ¿Para qué aumentar su pena? Pero ne-

cesito desahogar mi corazon y quiero hacerte depositaria de mi secreto, segura de que le guardarás fielmente. Sonrío á los que me rodean con objeto de darles una esperanza que no tengo, pero muchas veces me ahogan las lágrimas. Lazarine.... mi querida Lazarine, deja que llore en tus brazos.

Y Juana, incorporándose con pena, reclinó su rúbia cabeza en el seno de su hermana, echándola los brazos al cuello, y empezó á sollozar.

¡Pobre mártir! En tan suprema crísis llevaba su heroismo hasta el extremo de amortiguar su voz y contener sus sollozos, á fin de que no llegasen á los oídos de los que velaban á su lado,

Conmovida hasta lo mas recóndito de su alma por este insondable dolor, hasta la fria marquesa de la Tour du Roy se olvidó de todos sus millones, de su título, su proyectada venganza, sus mas caras aspiraciones, y hubiera dado en aquel momento cuanto poseia por salvar á su hermana.

Aquellos corazones tan desemejantes latieron á impulsos de un mismo sentimiento durante algunos minutos.

Juana fué la primera qué, separándose de los brazos de su hermana, dijo:

—¡Qué duro es morir! ¡qué duro! Era yo

tan dichosa. ¡El mismo Dios con todo su poder no podria hacer un segundo Raoul! ¡Habia adivinado, comprendido y partido conmigo las aspiraciones de mi alma, las delicadezas de mi corazon! El para mí era el universo entero, y yo para él era el mundo entero. Viviamos el uno para el otro, ó mas bien desde nuestra bendita union habiamos dejado de ser dos. ¡Quién habia de decirnos, cuando creiamos tener entre nosotros un largo porvenir de felicidad, que habia de llegar tan pronto la hora de la separacion! ¡En los primeros dias de mi enfermedad tuve un sueño espantoso, y oí las campanas de mis funerales.... ví pasar mi féretro!.... ¡Raoul lo seguia vestido de luto!... ¡Hoy se realiza aquel sueño! ¡Ya pueden cavar mi fosa, porque voy á morir y á abandonar á Raoul! ¡Y no he cumplido aún diez y ocho años! ¡Qué corta habrá sido mi vida!

Y Juana por segunda vez, ocultando su rostro en el seno de su hermana, rompió en sollozar de nuevo.

—¿Qué vá á ser de él—balbuceó al cabo de un instante,—qué vá á ser del bien amado, de quien me separará la muerte? La idea de que quedará solo en la tierra que voy á dejar, me causa una angustia desgarradora. ¿Se consolará? No quiero que sufra mucho, pero tampoco quiero que se consuele demasiado pronto.

Sobre todo, no quiero que otra mujer sea dueña de él en seguida y le mande que me olvide. Lazarine, querida Lazarine, dime que no la obedecerá.

La marquesa iba á responder.

No tuvo tiempo.

Abrióse una puerta y apareció Renée.

—Buenos dias, querida hermana—dijo.—No estaba aquí cuando llegaste, y sin embargo, hubiera querido ser la primera en abrazarte. Perdóname, he pasado dos noches en pié. Me ha vencido el cansancio y estaba durmiendo.

III

—Renée se está matando—murmuró la condesita,—pero Lazarine me ayudará á conseguir que descanse, porque bien lo necesita. Es preciso que no abuses de tí, querida hermana, si no por tí, por mí. Piensa en que si abusas de tus fuerzas, como lo estás haciendo, acabarás por caer enferma y no podrás dispensarme los

tiernos cuidados que me dispensas, y de los cuales no podria prescindir.

—He dormido algunas horas y me he repuesto—contestó la jóven despues de abrazar á Lazarine,—y ya estoy mas fuerte que nunca.

La señora de la Tour du Roy miraba á Renée, y se asombraba del cambio que se habia operado en su persona en unos cuantos meses.

La hija segunda de Julio Leroux no habia perdido nada de su soberana belleza, pero la expresion de su rostro se habia modificado de un modo inesperado y sorprendente.

Hubiérase dicho que Renée vivia dominada por un sombrio y tenaz pensamiento; tal era la severa rigidez y gravedad de su rostro.

Un profundo surco se dibujaba entre sus cejas.

Sus labios habian dejado de sonreir.

Sus ojos, con grandes ojeras, estaban contínuamente bajos, como si procurase examinar su interior.

Sus largas pestañas proyectaban una sombra trasparente sobre sus enflaquecidas mejillas, de una palidez marmórea.

Cuando levantaba los párpados, fulguraba en su mirada una llama singular que surgia del fondo de sus negros ojos.

Semejantes inquietas miradas solo pueden lanzarlas los locos peligrosos.